

## MECÁNICA CUÁNTICA

Carlos Alonso Miranda Passalacqua

Probablemente el profesor de biología mató a su hermano, o al menos eso es lo que Él sospechaba y, como siempre fue a misa con sus intuiciones, una tarde de otoño se coló por el umbral del caótico salón prohibido dispuesto a cobrar venganza. La ocasión era precisa: no había nadie más, estaba desamparado como un perro callejero, corrigiendo exámenes. Hubiese conmovido a cualquiera la concentración con la que ese regordete de poco más de metro y medio analizaba las pruebas. Pero el tren pasa nada más que una vez y la perentoria decisión estaba tomada —preparate a morir—.

El profesor se distrajo viendo llegar desaliñado al alumno que más odiaba y deseó con toda su alma que se largue, no lo quería ver, no estaba de ánimo para escuchar una queja más. Así que antes de que siquiera le dirija la palabra, lo echó a gritos. Después de verlo salir molesto, prosiguió con la corrección de las pruebas.

Pareciera a estas alturas que dos personas jamás coinciden en sus puntos de vista, pues Él no le creyó al profesor e hizo caso omiso a sus ampulosos alaridos ininteligibles (que más parecían gárgaras). Siguió acercándosele, sacó el revólver que llevaba protegido por su cinturón y camuflado por la camisa afuera; le disparó un tiro en la sien y lo vio caer al suelo ensangrentado. Con una tijera marcó una raya en la cacha. *Consumatum est.*

El profesor tampoco le creyó, continuó con sus deberes hasta el anochecer y se marchó a su casa, fatigado. Hizo el amor con su esposa después de semanas —deberíamos coincidir más seguido—. A los pocos minutos quedó plácidamente dormido.

Como a Él nunca le interesó salir impune de la venganza ni diseñar el asesinato perfecto, la policía, que no tardó en llegar, pudo reconstruir fácilmente la escena del crimen. Él permanecía impávido, parecía no importarle nada, aunque en el fondo acariciaba la gloria; al ser arrestado, desnudado y metido en chirona, ultrajado y violado por sus compañeros de celda.

Del otro lado de la moneda, el profesor regresó al día siguiente al colegio, feliz y sosegado como un niño que termina de jugar en la arena. Durante la devolución de notas, le dio a Él su examen, le sonrió además al percatarse de que estaba desaprobado —parece que la mecánica cuántica no es lo tuyo, muchacho—. Él intentó decirle algo, pero no lo dejó. Mientras tanto, la esposa del profesor se masturbaba en casa. Quedó maravillada al haber recuperado la convicción del carácter indisoluble de su matrimonio. Esa tarde recibió a su esposo con los brazos abiertos. Volvieron a tener sexo, esta vez en dos tiempos. —Ahora todo lo que nos falta es conversar más. El profesor le describió detalladamente a ese alumno que tanto detesta. Rezaron para que le vaya mal.

De pronto, ralló el alba bajo la sombra del calabozo. Apareció el padre de Él con buenos regalos y mejores noticias. Le enseñó las fotos del entierro del profesor, al ver la de la esposa llorando, echaron a reír —uno de estos días nos la encontramos ¡y que Dios la agarreconfesada! Había mucha fe en ellos aquella mañana, estaban convencidos de que pronto volverían a fumarse un porro juntos. Hasta que unas semanas después recobró la libertad una noche ya en invierno. Lo primero que hizo fue abrazar a su madre, que estaba tan, ipero tan! orgullosa de su hijo. Acto seguido, se dirigió con su padre y primos al cementerio a jugar *ouija* y mearse sobre la tumba del profesor. Esa noche, sin duda, la pasaron a sus anchas. —Ojalá pudieras morir dos veces, maldito paquidermo. Poco tiempo después, obligado por las circunstancias, se tuvo que marchar a otro país. Quemó naves, siguió una profesión, hizo amigos, se enamoró y terminó por casarse. Se trataba de una rubiecita de bello rostro y armoniosas formas, ¿su edad? Doce años. Sumado a todo lo bueno, nadie en esas tierras sabía lo

que había pasado aquel día, fantasma que lo perseguía intermitentemente, ora trayéndole miedo, ora orgullo. Sin embargo, el recuerdo de su hermano lo eximía de todo sentimiento de culpa. Luego de tres lustros, al visitar a sus padres, pudo ver recién un vídeo que ellos habían filmado poco tiempo después de que se fue. ¿Lo que vio? El hijo del profesor arrojado desde un séptimo piso ante luces tintineantes.

El profesor, con sucias triquiñuelas consiguió expulsarlo a Él del colegio. Era algo que había estado tentando hacía mucho tiempo, pues ya no soportaba más su simple presencia; de hecho, lo odiaba tanto como a su hermano. Al siguiente día, abandonó a su esposa e hijo sin motivo aparente, renunció al colegio y se consiguió un trabajo en la morgue; gracias al cariño de sus nuevos compañeros, pudo convencerse de que no era una mala persona. Pese a ello, cuando las dudas vuelven a invadirlo, canta con Sabina *Y puede que el día del Juicio Final Dios sea mi abogado de oficio.*

## LE RUEGO QUEDARSE

Gianfranco Hereña

Pude haber seguido mi camino o quedarme observando cómo la niña se desplomaba a mitad de la calle. Cualquiera que hubiese sido mi reacción, ya la ciudad me había clavado sus ojos furiosos. Creo que a partir de ese instante, la duda si debía ayudarla o no parecía haber quedado resuelta.

Tendría a lo mucho trece o catorce años. Su figura enjuta me producía lástima, pero intenté mostrarme indiferente, quizás esperando a que el resto tomara la iniciativa. Me acerqué lentamente. Titubeé un instante antes de cargarla. Nadie puso objeción en el trámite, ni se esforzaron en hacerlo; todos pasaban, incluso, aquellos quienes yo creía que eran sus compañeros de trabajo.

El sonido de las bocinas me aturdía, la llevé hacia la acera y tomé un taxi lo más rápido que pude. Pedí que me llevara hacia el hospital más cercano. El chofer, acostumbrado al regateo, lanzó una cifra astronómica. Qué más da, acepté por la prisa. El auto se fue alejando. Pude ver cómo el séquito de niños vendedores se abalanzaban sobre la bolsa de caramelos que yacía desperdigada en medio de la pista. Me resquebrajó el alma verlos tan miserables, tan ajenos a lo que acababa de suceder. La niña permanecía ahora inconsciente. Dormía sin interrupciones entre mis brazos y ellos no hacían nada, nadie hacía nada, *país de mierda*, pensé.

Era extraño verme envuelto en tales circunstancias. El rostro del taxista se percató de mi incomodidad y subió el volumen de la radio para eludir cualquier tipo de conversación. Me observaba con sorpresa, quizás porque él también había presenciado la escena del desmayo desde una cuadra atrás. Pero en su entrecejo bruñido por arrugas había algo más. Era piedad o quizás terror, no lo sé, hundió el pie en el acelerador y apenas hice efectivo el pago se esfumó sin decir palabra alguna.

Al llegar, una enfermera se apresuró en alcanzarle una silla de ruedas y conducirla hacia quien sabe dónde. Varias secretarías me rodearon para que les narrara lo sucedido. No sabía su nombre, ni dónde vivía, ni cuáles eran los motivos por los cuales se